

d)

La independencia de Argelia.

La revolución de Argelia desborda ampliamente unos parámetros geográficos concretos para convertirse en acontecimiento internacional de primera magnitud, con decisivos efectos sobre la propia metrópoli.

Por su duración y dramatismo excepcionales, difícilmente admite parangón con cualquier otro evento contemporáneo dentro del marco africano, dado que el movimiento nacionalista argelino precede a los demás en su punto de partida y concluirá después de haber alcanzado la independencia los restantes territorios coloniales anglofranceses.

En sus planteamientos y objetivos también sobrepasa ampliamente a las otras revoluciones africanas. Se señala como meta la transformación profunda de la realidad nacional, no sólo en una dimensión política, sino también por cuanto conlleva una drástica revisión del modelo socioeconómico existente.

Los argelinos luchaban, en primer lugar, por la independencia nacional. Pero también lo hacían por la supresión del orden establecido, el orden de los colonos, el orden de la subyugación del campesinado, el orden de la sociedad bipolar, en suma, el orden de la metrópoli colonialista.

La historiografía francesa, partiendo de la tesis de que Argelia tal como ha llegado hasta nosotros es una creación de la época colonial, presenta el nacionalismo argelino como fenómeno coyuntural y, desde luego, tardío.

Es cierto que Francia convirtió en circunscripción administrativa viable un cúmulo de dispersos territorios en otro tiempo sometidos más o menos nominalmente al deyato turco de Argel y que redondeó luego su flamante posesión norteafricana mediante rectificaciones fronterizas lesivas para Marruecos y Túnez, e incorporándole a su vez los dilatados territorios saharianos situados más allá de Gardaia. Pero también lo es que la resistencia de Argelia, o de las Argelias si se prefiere -el Argerois, el Aurés, Constantina y la Kabylia, la Oranie, las estepas de Saida y Tiaret-, distaron de ser en el siglo XIX simples levantamientos de campesinos despojados o caóticas revueltas de jefes tribales desprovistas de todo plan y objetivo.

Hubo también en esos movimientos mucho de concienciación colectiva en pro de una personalidad política propia y a favor de unos valores culturales amenazados desde el exterior.

El fracaso de la rebelión suroranesa de 1881-1882 marca el final de la resistencia armada a la ocupación extranjera y cierra el ciclo de las guerras de conquista. En adelante, la relativa calma que reina en el país será interpretada por la Administración como aceptación de la situación colonial por los argelinos.

Ciertamente, se advierte en los años que siguieron una mayor integración de la población musulmana en el sistema establecido, sin precedentes antes de la fecha apuntada. A su vez, la lengua y la civilización francesas, impuestas desde la escuela, experimentarán progresos notables

entre las masas arabófonas y, en particular, en ambientes berberófonos.

En este contexto, el Islam, a través de sus instituciones religiosas, culturales, benéficas y recreativas, asumió una destacada función en la preservación de la personalidad autóctona argelina, en la resistencia a la aculturación y en la gestación y formulación inicial de un moderno nacionalismo.

Tales esfuerzos se polarizarán a partir de 1924 en torno a *L'Etoile Nord Africaine*, asociación establecida en París por los trabajadores argelinos emigrados en Francia. Autonomistas en un principio, reivindicarán formalmente la independencia desde 1933.

Los nacionalistas pusieron sus esperanzas en el Frente Popular, a cuyo triunfo contribuyeron, pero les abandonó una vez alcanzado el poder. Resultado de esta política fue la disolución de la expresada asociación, hecho que marcó la ruptura entre los argelinos y la izquierda francesa.

L'Etoile Nord Africaine dio paso a otra formación, el *Partí du Peuple Algerien*, con un programa más preciso, que, desechando alianzas coyunturales, no confió sino en sus propias fuerzas. Por su parte, la también flamante *Association des Oulemas* contribuyó de forma destacada a la movilización del pueblo de Argelia sobre la base de un Islam depurado de supersticiones y de las prácticas morabíticas en uso.

Estas y otras propuestas pronacionalistas salieron a la superficie en la gigantesca manifestación de 8 de mayo de 1945, con movilizaciones en toda Argelia.

Los indígenas que habían contribuido a la liberación de Francia, que habían combatido al fascismo dentro y fuera del territorio francés y que, sobre todo, habían creído en un hombre, Charles de Gaulle, al que hicieron posible su triunfal regreso a París, se manifestaron en ese día reclamando un poco de la libertad que ellos habían contribuido a obtener para los otros.

La respuesta fue fulminante. Las pacíficas concentraciones fueron reprimidas con el cruento balance de 45.000 muertos. Aquel día el pueblo argelino sufrió una tremenda decepción, resultado de la cual fue el abandono de la lucha política y la determinación de alcanzar la independencia nacional mediante la insurrección armada.

1. El FLN y el levantamiento de 1954.

A los trágicos sucesos de 1945 siguieron nueve años de tensa espera, pródigos en febriles preparativos, presididos por la firme resolución de no escatimar sacrificio alguno para la consecución de la independencia. Coordinó estos esfuerzos el FLN - *Front de Liberation National*-, aglutinador de las asociaciones argelinas antifrancesas, a las que Ferhat Abbás había proporcionado un programa común en su célebre manifiesto de 1943, si bien el FLN no iniciaría su andadura hasta un año más tarde.

Con las reivindicaciones independentistas del FLN hubo de enfrentarse la IV República desde el momento mismo de su nacimiento, en 1945. La política francesa de reconstrucción económica aplicada en la posguerra tuvo para Argelia unos resultados más bien negativos: desindustrialización, desempleo y déficit de la balanza comercial fueron aquí sus rasgos más visibles. Concluido así el primer plan cuatrienal (1949-1952), el siguiente se señaló como objetivo el reequipamiento agrícola -que fue capitalizado por una minoría de terratenientes-, la modernización de la red viaria y la potenciación de las fuentes energéticas. Esos tres capítulos capturaron por sí solos el 91 por 100 de la inversión.

Los sacrificios de la penosa reconversión hacia una agricultura moderna incidieron de lleno sobre un campesinado abandonado a su suerte, con el consiguiente incremento del paro y la disminución de los salarios agrícolas a remolque de la mecanización. Se acentuaron más los desequilibrios económicos entre europeos y musulmanes dentro de Argelia y de los habitantes de

ésta en su conjunto respecto de la metrópoli, donde la renta media por habitante resultaba ser cinco veces superior a la argelina. Ciertos expertos anglosajones no dudaban en conceputar tan arbitraria planificación -pensada exclusivamente en función de la metrópoli- como «marasmo económico», tanto por sus resultados globales como por sus elevados costes sociales.

Si a esto sumamos los lógicos efectos que entre la población musulmana suscitó la perpetuación de un sistema de discriminación política, se comprende que fuera éste el momento elegido por el FLN para iniciar un levantamiento nacional. El 1 de noviembre de 1954 se dio de forma simultánea en todo el terrotorio una insurrección llamada a concluir sólo con la independencia.

Contienda dura y cruel como ha habido pocas. Una guerra de exterminio y tierra calcinada, prolongada por espacio de ocho años, que dejó sumido al país en la desolación y el caos, y que se saldaría con un aterrador balance. Entre los 300.000 muertos -según los cálculos franceses más optimistas- y el millón y medio de mártires aireados por la propaganda oficial argelina.

La insurrección musulmana precipitó a la población europea hacia un movimiento de signo opuesto, dándose la paradoja de que aquellos grupos tradicionalmente autonomistas fueron los que ahora defendieron con mayor empeño la fórmula de integración a ultranza en la metrópoli, conscientes de que sólo así podría conjurarse el espectro de la descolonización.

En adelante el doble conflicto argelino, el musulmán y el europeo, opuestos y conexos a un tiempo, determinarán la política francesa hasta sumergirla en una situación de crisis permanente, en una pesadilla más aguda y prolongada que la de Indochina, llamada a devorar gobiernos, drenar las energías humanas y financieras del país y, finalmente, transformar drásticamente las instituciones.

2. La guerra de Argelia. Revolución nacional.

Entre 1954 y 1962, el FLN se señalaba como meta prioritaria la independencia política sobre la base de la integridad territorial de Argelia. A tal fin se encaminó la lucha armada, pero también una intensa acción diplomática que logró captar para su causa a gran parte de las potencias mundiales encuadradas en los dos grandes bloques, incluidas la Unión Soviética y, con algunas reservas, Estados Unidos.

En mayor medida, los argelinos lograron movilizar en su favor a los países no alineados, como se puso de manifiesto en las declaraciones finales de los congresos celebrados en ese período entre Bandung y Belgrado.

Se comprende el fracaso de las tentativas de París para resolver el problema argelino, cercenando su independencia política mediante una asociación bilateral o en el marco de una comunidad más amplia. También, al intentar extraer de la soberanía de Argelia los territorios del sur, el Sahara argelino, cuyo petróleo y gas natural interesaba controlar.

Esta táctica fue rechazada con firmeza por los nacionalistas en los tanteos, contactos y negociaciones abordados por ambas partes entre Melun y Evian. De acuerdo con esta filosofía debe entenderse el tratamiento que, después de la independencia, han merecido de Argel las cuestiones pendientes: anticipada evacuación francesa, liquidación de la presencia gala en la base de Mers el Kebir, clausura de las pruebas nucleares de Reggan- en el Sahara- y terminante rechazo de las rectificaciones fronterizas planteadas por Marruecos con sus reivindicaciones sobre Figuig y Tinduf. Esto último a costa de una cruenta guerra, de la ruptura de la armonía con el Magreb, de la indirecta beligerancia argelina en la guerra del sahara occidental y del gigantesco esfuerzo armamentístico de la paz armada, prolongado ya durante dos décadas.

El Estado argelino surgido de la insurrección basó su legitimidad en la soberanía

conquistada por el pueblo en armas, pero sin desechar los fundamentos históricos. No cabe duda de que Argelia, tal y como hoy la entendemos, de igual forma que en el caso de otros países de reciente descolonización, es resultado de la gestión colonialista.

Prentender que la Argelia actual entronca directamente con la regencia de Argel destruida por los franceses en 1830 y que la legitimidad de ésta fue recogida por los sucesivos reductos de resistencia anticolonial aglutinados, entre otros, por Ahmed de Constantina o el emir Abd el Kader, es una tesis difícilmente sostenible, por más que durante la guerra de la Independencia fuese muy aireada por la porpaganda nacionalista dentro y fuera del país, y aun en la actualidad sea sostenida por respetables ideólogos argelinos. Es como pretender que la dominación francesa de Argelia entre 1830 y 1962 es una derivación final de seis siglos de presencia romana, teoría a la que, por cierto, en su momento tampoco faltaron partidarios, empeñados en ignorar, y aun borrar, todo vestigio de civilización árabo-musulmana.

En plena lucha independentista, la Argelia insurreccta pasó de la legitimidad revolucionaria a la legitimidad constituyente, al adoptar una Carta constitucional provisional que más tarde daría paso a una Constitución propiamente dicha. A la sombra de la Carta surgiría todo un entramado institucional en el que serían piezas clave la Asamblea Nacional Popular, un ejecutivo encomendado a un Consejo de la Revolución (al que fueron atribuidas las competencias que luego pasarían al presidente de la República y al Gobierno), las *wilayas* o distritos regionales con sus respectivas asambleas y el FLN como partido único algtuinador del esfuerzo revolucionario. En lo fundamental, este edificio ha sobrevivido a la guerra.

La originalidad de ese Estado surgido de la contienda reside en las atribuciones y el funcionamiento de las asambleas regionales, con vastas competencias en materia política, social y económica (en orden a la multiplicación del esfuerzo bélico y a una eficaz autonomía decisoria) y que imponen sus directrices a la Asamblea nacional y no al revés. De tal forma que puede afirmarse que Argelia se configuró como el Estado de las asambleas sin detrimento de su carácter unitario. Porque lo determinante es el partido (entendido globalmente en sus vastas ramificaciones) y no las circunscripciones territoriales. Esto es lo que imprimió carácter al modelo estatal argelino, de firme base popular y a un tiempo socialista y respetuoso con las tradiciones islámicas.

Para la metrópoli, la cuestión argelina se manifestará por largo tiempo como problema insoluble. De un lado por los importantes intereses económicos y estratégicos en juego (los propiamente argelinos, más el control de las fuentes energéticas saharianas). Pero, sobre todo, por la existencia de casi un millón de colonos de origen europeo (de ascendencia francesa, española e italiana principalmente), enraizados en el país desde varias generaciones.

A esto vino a sumarse una dificultad adicional. Argelia, a diferencia de Marruecos y Túnez, carecía de un poder legítimo incuestionable con el que negociar. Para Francia no existía en Argelia otra legitimidad que la suya propia, ya que se trataba de un territorio de plena soberanía.

En el momento en que el régimen de Méndes-France era excluido de Indochina, reafirmaba su voluntad de permanencia en Argelia y de mantener el imperio mediterráneo y africano. De otro modo no se entenderían sus reservas hacia una Europa supranacional. En tanto e! Parlamento de París rechazaba e! proyecto de la CED de integrar las Fuerzas Armadas en un ejército europeo, se enviaba a Argel como gobernador general a Jacques Soustelle, ferviente partidario de la Argelia francesa.

Soustelle preconizó una política de integración en la metrópoli, acogida glacialmente por los musulmanes, y a la que no faltaron detractores entre los mismos franceses, motejándola de «asimilación rebautizada». Aun en el caso de que circunstancias más propicias hubieran permitido la viabilidad del proyecto, la integración de Argelia en la metrópoli hubiera planteado

a ésta otro tipo de problemas, intuidos ya años atrás por Herriot, al estimar que una política así estaba llamada a convertir a Francia en colonia de sus colonias.

Algunos signos positivos observados en la marcha general de los acontecimientos bélicos, efecto momentáneo del reconocimiento de la independencia de Túnez y Marruecos (marzo de 1956), no tardaron en verse contrarrestados por el recrudecimiento de la resistencia, que ahora pudo contar con seguras bases en los países inmediatos.

El gobierno de Félix Gaillard (septiembre de 1957-abril de 1958) creyó haber aislado a los nacionalistas y, dando por sentada la pacificación del territorio, procedió a su división en 15 departamentos e introdujo un parlamento autonomista, cuyos escaños se repartían por igual entre europeos y musulmanes. El reavivamiento de la guerra dio al traste con el ensayo y con el propio gabinete Gaillard.

Cuando su sucesor, Pflimlin, manifestó su intención de negociar con los argelinos, la población europea de Argelia se levantó en armas -en mayo de 1958-, constituyó comités de salvación pública, confió el control de la situación a militares de confianza y reapareció Soustelle en Argelia en olor de multitud.

Impresionantes manifestaciones de confraternización de ambas comunidades hicieron reiterados llamamientos al general De Gaulle, considerándolo el único capaz de tomar en su mano el destino de Francia y resolver el problema argelino. La movilización de una parte de las Fuerzas Armadas metropolitanas, la amenaza de éstas de marchar sobre París y el anuncio de la izquierda de resistir a los golpistas hicieron comprender al presidente Coty que la nación estaba al borde de la guerra civil. El 27 de mayo encargó a De Gaulle la formación de gobierno, en tanto la Asamblea Nacional le concedía plenos poderes por un año.

3. De la revuelta civil a la insurrección militar.

La repentina aproximación de musulmanes y europeos, hastiados de la guerra y esperanzados en obtener de De Gaulle una salida satisfactoria para ambas comunidades enfrentadas, desconcertó al FLN, hasta el punto de que por un momento cesaron casi por entero sus actividades. Pero cuando al mes siguiente el general visitó Argelia e hizo un llamamiento a la reconciliación sobre la base de una significativa «paz de los valientes», los nacionalistas respondieron con el recrudecimiento de la lucha y la formación en Túnez del GPRA, *Gouvernement Provisoire de la République Algérienne*, reconocido de forma inmediata por varios Estados comprometidos con la causa argelina.

De Gaulle promulgó una nueva Constitución que, una vez sancionada por referéndum, sirvió de marco legal a la recién establecida V República, de la que él mismo fue elegido presidente en el mes de enero de 1959. En tanto el problema colonial se canalizaba a través de la formación de una Comunidad Francesa de Naciones -similar a la británica-, De Gaulle asumía una política de reforzamiento de sus poderes en Francia y de hegemonía francesa en Europa frente a Estados Unidos.

Entretanto, subsistía la resistencia nacional y se vislumbraba un creciente malestar entre los colonos ante la evidente resolución del presidente de librar el país de la pesada hipoteca argelina. Las promesas formuladas en Argelia al comienzo de su mandato de crear en los cinco años siguientes 400.000 puestos de trabajo, de construir 200.000 viviendas, distribuir 250.000 hectáreas entre el campesinado desposeído y posibilitar una escolarización masiva no tardaron en desvanecerse. Muy por detrás quedaron los logros parciales alcanzados con el plan Delouvrier sobre la base de una inversión extraordinaria de 2.000 millones de francos.

El esfuerzo de guerra capturaba buena parte de los recursos disponibles, en tanto la inseguridad sembrada por las continuas acciones nacionalistas provocaba un calculado efecto

psicológico sobre la población civil. Esta hubo de ser concentrada en determinados puntos, fueron ensayados sistemas de autodefensa, de contraguerrilla, etcétera, sin que por ello las operaciones de limpieza abordadas dieran los resultados apetecidos. La instrumentalización del Ejército por la clase gobernante francesa en los últimos 15 años -Indochina, crisis de Suez, Argelia y el desairado papel que aquél hubo de asumir, abandonado a su suerte y obligado a claudicar sin ser vencido en aras de soluciones políticas, generó un malestar profundo en sus filas y deterioró la moral de combate y aun la disciplina.

Tácticamente, la guerra de Argelia fue, en general, muy mal conducida: 40.000 combatientes, cifra máxima movilizada por el FLN de forma simultánea en sus seis *Wilayas*) mantenían en jaque a 500.000 hombres, de los que 150.000 eran *harkis* o musulmanes auxiliares.

Es cierto que sólo un 20 por 100 del total de los efectivos franceses combatían realmente, ocupándose el resto en servicios de retaguardia. El aprovisionamiento de esa descomunal fuerza dejaba bastante que desear, hasta el punto de que con frecuencia escaseaban las municiones. Las frustraciones e insuficiencias apuntadas, sumadas al arraigo en ambientes castrenses de convicciones no siempre democráticas y a su identificación con los colonos, determinó que no pocos militares basculasen finalmente hacia posiciones golpistas.

El cansancio de la opinión pública metropolitana no pudo contrarrestarse con la firme resolución de sus compatriotas de Argelia en oponerse a lo que estimaban un despojo e incluso una injusticia histórica. Sus líderes (Arrighi, Lagailarde, Ortiz, Susini, Pérez) presentaban los antecedentes políticos más variados, pero con pocas excepciones terminaron por confluir hacia posiciones de derecha, atraídos por las promesas más o menos oportunistas de políticos como Bidault, Soustelle o Maurice, y convirtiéndose en clientela de los diputados pujadistas. De ahí que la prensa francesa de izquierdas presentase a los europeos de Argelia como el único obstáculo para alcanzar la paz, lo cual, hasta cierto punto, era cierto, pero menos objetivamente les motejaba de «ultras», tachándoles de colonialistas retrógrados, explotadores y «fascistas obsesionados por el sueño de una aventura a lo Franco».

Las activas gestiones realizadas por De Gaulle para llegar a una paz negociada no hicieron sino afianzar a los *pieds noirs*, a los colonos de Argelia, en sus tesis de siempre. Pero el FLN también desechara todo arreglo transaccional. En unas declaraciones hechas públicas en Trípoli en enero de 1960, los nacionalistas argelinos dejaron claro que el objetivo de la lucha contra Francia no era otro que «la liquidación del régimen colonial, la restauración del estado argelino soberano y la edificación de una república democrática y social».

A finales de año, el propio De Gaulle aludió públicamente a «una República argelina, la cual existirá algún día». La idea de la autodeterminación se abría camino y por vez primera comenzó a enarbolarse en las concentraciones musulmanas y, a la vista de los gendarmes, la enseña blanca y verde de la nueva Argelia.

El referéndum de enero de 1961, aprobado por el 75 por 100 de los sufragios emitidos en Francia y el 69 por 100 de los de Argelia (aquí con el 40 por 100 de abstenciones) dio luz verde a una administración autónoma argelina. Los resultados electorales fueron seguidos de veladas promesas de independencia por parte del presidente de la República en uno de sus discursos, para terminar afirmando semanas más tarde que «descolonizar es nuestro interés y, en consecuencia, nuestra política».

La respuesta no se dejó esperar. Los generales Challe, Salan, Jouhaux y Zeller dieron un golpe de Estado en Argel -21 de abril-, apoyado principalmente en los paracaidistas y en la población civil no musulmana. Pero la marina y la mayor parte de la fuerza aérea no lo secundaron, en tanto algunos sectores del Ejército dieron pruebas de retraimiento en la propia Argelia.

No habiendo podido extenderse a la metrópoli, fracasó el movimiento insurreccional. El

26 de abril todo había concluido. Un consejo de guerra condenó a muerte a los principales implicados, si bien la sentencia nunca se cumplió. La oposición antigauillista entró en la clandestinidad, aglutinada por la OAS, *Organisation de l'Armée Secrète*, con ramificaciones en la metrópoli, y también en países como España, inmediatos a los principales escenarios del conflicto.

4. Ocaso de la Argelia francesa.

El fracaso del levantamiento y los resultados de un referéndum (celebrado en abril del año 1961) dejaron expedito el camino a la retirada francesa de Argelia. Entre el 20 de mayo de 1961 y el 18 de marzo del siguiente año se discutieron en Evian las condiciones del reconocimiento por Francia, en el curso de unas difíciles negociaciones interrumpidas por tres veces y salpicadas por las acciones militares del FLN y de la OAS, tanto en Argelia como en Europa.

De Gaulle cortó drásticamente todo amago de guerra civil, sustituyó en la jefatura del Gobierno a Debré -antiguo partidario de la Argelia francesa- por Pompidou, y desencadenó una dura represión contra los militares golpistas, contra sus aliados civiles y contra la OAS, que le hizo objeto de varios atentados.

Esas medidas fueron acompañadas de acuerdos tan trascendentales como la puesta en libertad de Ben Bella, la repatriación unilateral de importantes fuerzas (dejando vastas regiones a merced de las tropas de Boumedienne) y la renuncia a cualquier reivindicación sobre del Sahara.

En Argelia, la situación se hizo insostenible para los franceses, tanto por las acciones del FLN y de la OAS como por las del Ejército y de los grupos paramilitares contrarios a uno y a otra. Solamente entre el 1 de enero y 15 de febrero se contabilizaron 1.308 atentados y, en las ciudades, 5.000 muertos entre enero y junio. Incluso la delegación general del Gobierno de Argel hubo de refugiarse en un bunker expresamente construido por Rocher Noir, a 20 kilómetros de la capital.

Por fin se llegó a un acuerdo de alto el fuego en Evian, el 12 de marzo del año 1962, sobre la base del reconocimiento de la República de Argelia, la garantía de los intereses básicos de Francia en el seno del nuevo Estado y la adopción de convenios de cooperación futura. La respuesta de la OAS consistió en intensificar su acción devastadora, en tanto que la población europea huía en masa (750.000 personas en pocas semanas), temerosa de las iras de los musulmanes, duramente castigados por las indiscriminadas acciones del terrorismo europeo.

Sancionados los acuerdos de Evian por ambos países mediante sendas consultas populares, el día 3 de julio París reconocía formalmente la independencia de Argelia, siendo seguido su ejemplo por los países aliados de Francia que todavía no habían efectuado este reconocimiento, incluidos los Estados Unidos y Gran Bretaña. El día 20 de septiembre, la Asamblea Nacional Constituyente designaba presidente de la República a Ahmed Ben Bella, un antiguo brigada francés y ex combatiente de Montecassino. Se cerraba así uno de los capítulos más relevantes del proceso descolonizador africano.

Texto extraído de *La guerra de Argelia*, VILAR, J.B.
P. En Historia Universal del siglo XX. Tomo 28.
Editorial Historia 16. Madrid 1998.